

## Algunas consideraciones sobre el porvenir de los estudiantes de Psicología en la era transpolítica

### Some reflections about the future of the students of psychology at transpolitical era

Carlosgermán Celis E<sup>1</sup>

#### Resumen

El siguiente artículo presenta una reflexión sobre el porvenir de la formación de psicólogos en la era transpolítica. Está inspirado en las conferencias que pronunció el joven Nietzsche en 1872 y en la noción de transpolítica del filósofo francés Jean Baudrillard. Se trata de mostrar la diferencia entre formación e información, con la insistencia de que desde la modernidad se pretende que la educación proporcione hombres corrientes al servicio de los imperativos de producción y consumo; y desde allí interrogar lo que puede significar, actualmente, una distinción entre ser Psicólogo o tener una licencia para ejercer la obediencia.

**Palabras Clave:** Psicología, estudiantes, transpolítica, Nietzsche, porvenir.

#### Abstrac

The following article presents a reflection on the future of the training of psychologists in transpolitical era. It is inspired by the lectures he gave the young Nietzsche in 1872 and the notion of transpolitical the French philosopher Jean Baudrillard. This is to show the

---

<sup>1</sup>Psicólogo de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, Magister en Semiótica de la Universidad industrial de Santander, Candidato a Doctor en "Etudes Romanes" Université de Provence. Aix Marseille I, Docente-investigador Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia, Director del grupo de investigación "Violencia, Lenguaje y Estudios culturales", Asociado Nueva Escuela Lacaniana NEL (Medellín), Colombia, ccelis2@unab.edu.co

difference between training and information, with the insistence that from modern education is intended to provide current to serve the imperatives of production and consumption men; and from there to question what it can mean, currently, a distinction between being a psychologist or have a license to practice obedience.

**Keywords:** Psychology students, transpolitical, Nietzsche, future.

“... efectivamente, nos encontramos en un terreno en el que son tantas las verdades que hay que decir  
–verdades terribles, tormentosas e interminables-  
que desde luego no faltará contra nosotros el odio más puro”.  
(Nietzsche, 2000: 91)

## 1. Introducción

En primer lugar y a modo de advertencia, resulta pertinente iniciar este artículo presentando una nota aclaratoria acerca del título. Es una advertencia no en el sentido usual de amenazar sino retomando una acepción en desuso, que connota hacer caer en la cuenta de algo (DRAE, 2001). Ese algo es lo que en este caso merece consideración; es decir, tomado con madurez en actitud meditativa y atenta, puesto que deviene importante y merece ser discutido. Aquí se trata de detenerse sobre lo que significa ser estudiante de una disciplina como la Psicología, en la transparencia de este presente caracterizado por la negación de los procesos y la inmediatez de los resultados. Esta reflexión se encuentra inspirada en una serie de conferencias que pronunció por encargo de la “Sociedad Académica” el filósofo alemán

Friedrich Nietzsche en marzo de 1872, y a las que tituló "Sobre el porvenir de nuestras escuelas".

Se hace mención de lo anterior, porque es necesario presentar un elemento que puede ser un aporte a la disposición sobre el problema a trabajar. En principio, se retoma la salvedad que hace el mismo Nietzsche, al aclarar la insolencia que representa hablar sobre el porvenir, como si le estuviera dado a algún mortal, predecir, o más bien profetizar. Sin embargo, dice que si él estuviera en el lugar del que escucha, no dudaría en atender a quien se pusiera en la posición de decir algo sobre del tema. Es importante señalar que aquello que para Nietzsche era lo porvenir es para nosotros cotidiano. En este sentido, como afirma nuestro pensador, "(...) no envidiamos a quien se sienta completamente de acuerdo con este presente y lo acepte como algo "evidente" ni por esa fe ni por esa escandalosa palabra de moda -"evidente"- (Nietzsche, 2000:23)"; y, mucho menos, si está dispuesto a convertirse en un servidor ingenuo y resignado, para quien la cultura y su relación con el saber no es otra cosa que estar a la moda.

La globalización está derrotando a la cultura, y en su lugar propone una serie de identificaciones endebles, sostenidas por una admiración incondicional a la juventud, donde la madurez se ve lejana y horrorosa. En sus conferencias Nietzsche habla de la cultura como de la posibilidad de reflexionar sobre la manera de ser hombres cultos. Esto no refiere a tener una cantidad de información que sólo suscita vagas opiniones, o de saber manejar los cubiertos en la mesa, o saber el nombre de uno que otro cuadro, pieza musical o literaria, aunque esto cuenta, sino al modo como se puede aspirar a construir un pensamiento y una actitud filosófica que (irónicamente cada vez resulta más desterrada de la educación, en

general, y de la formación de psicólogos, en particular) permita vivir soportando las contradicciones. En este sentido, la cultura es una conquista de la singularidad y, puede decirse, desde nuestro autor, que no es globalizable. Por eso una expansión de la cultura o de la ciencia no garantiza mejores sociedades sino al contrario resulta una promoción de la barbarie, y mucho más cuando el acceso a la cultura se funda en la idea de que se paga con dinero y no con el esfuerzo y el riesgo de implicarse. Por eso ser culto dista de ser un fenómeno de masas.

En esta invitación a pensar nuestra profesión se trata de que el oyente tome los problemas de la disciplina que profesa como experiencias que lo implican y lo mueven a una toma de posición por la que debe responder. No se trata de detallar sobre el porvenir específico de la disciplina, ni del desarrollo de las instituciones, pero en parte, el móvil de esta reflexión es un fenómeno sobre el que no sería descabellado pensar, y es la proliferación de programas de Psicología. En las ciudades, al parecer, ya no hay universidad sin programa de psicología, esto se vuelve un auténtico fenómeno de masas, sobre el que no está de más preguntar qué espera la sociedad de los psicólogos. Y tampoco sobra insinuar, que donde se hacen esos saberes también se debería pensar más en ellos. En este sentido el interés de este escrito consiste en compartir las inquietudes de un espíritu reflexivo (que no me pertenece porque aquí confluyen inquietudes de quienes comparten estas preguntas) que permita fomentar con hechos convenientes la elucidación de los problemas que atañen, fundamentalmente, a lo cotidiano de la formación del psicólogo y por consiguiente su porvenir.

El otro problema que plantea Nietzsche y que orienta esta reflexión, se compone por las dos tendencias que conviven en el ámbito institucional y disciplinar. Por una parte, un afán expansionista en el que la máxima extensión de la cultura tiende a disminuirla. Esto se puede apropiarse si se tiene en cuenta, que con la premisa conquistadora de que hay que llevar la psicología a ambientes cada vez más remotos, que ya evidencian la necesidad, se corre el riesgo de devaluar el sentido de la profesión, el saber que se profesa. Esto puede traducirse en el imaginario de que en cada lugar debería haber un psicólogo. Pero ¿realmente es tan necesario?, de qué tipo de desarrollo se abandera como promotor, con qué está comprometido, con el mejor postor, con el sujeto, o con la tendencia corporativa de su eliminación, o simplemente encuentra en esto un modo de sustento que bien hubiese podido hallar en cualquier oficio. O, acaso hizo de la psicología un modo de cumplirle al Amo del consumo, cuyo imperativo es que para ser alguien hay que tener un título, y matricularse en una carrera ciega hacia ningún lugar; en este sentido cualquier cosa sirve. Lo que se deriva de lo anterior es, precisamente, que en el afán de extensión, se provoca que la disciplina se aleje cada vez más de sus principios (aunque aquí vale preguntar a qué principios obedece la psicología) para ponerse cada vez más al servicio de las identificaciones endeble y de las formas de vida que instala el consumo.

A propósito de la cuestión transpolítica se trae a cuento el trabajo que se realiza acerca de la obra de Jean Baudrillard, al interior del grupo de investigación “Violencia, Lenguaje y Estudios Culturales<sup>2</sup>”. Allí la noción de transpolítica ha permitido entender la estructura de la lógica mediática y consumista que produce nuevos peligros y nuevas formas de violencia.

---

<sup>2</sup> <http://www.unab.edu.co/investigacion/grupo-de-investigacion-en-violencia-lenguaje-y-estudios-culturales>

Donde el concepto de crisis se postula como un modo de ser de la contemporaneidad, que expone la ausencia de un proyecto común, que permita re-fundar valores y formas de pensar. La crisis creadora impide al sujeto contemporáneo forjar modos de vida que le impliquen asumir el desmoronamiento de la racionalidad, que se debate entre una situación apocalíptica y la cima del desarrollo informático. Aquí nada es lo que parece ser, las corporaciones dueñas del sistema y de los medios de comunicación se alían, de igual manera, con el discurso científico y esotérico para vendernos un mundo en agonía. Y lo más interesante es que la vida sigue, la vida social se reorganiza asumiendo las incuestionables paradojas que demuestran que las verdades incuestionables ya no sirven para entender la contemporaneidad. Hay que aventurarse a la creación de nuevos modos de comprensión ante el fluir constante de una realidad efervescente que se extiende, prolifera, satura, contamina, extenua y extermina, en un escenario de simulaciones mediáticas, en donde la expresión redundante "realidad virtual" es solo un indicio.

Este es el panorama de la discusión, del que no se espera salgan soluciones, a pesar de la febril pasión de nuestra época por los proyectos, porque si ya resulta un riesgo hablar del porvenir, lo es todavía más decir qué va a pasar y qué hay que hacer.

## **2. Las palabras del joven filósofo**

Las cinco conferencias pronunciadas por Nietzsche en marzo de 1872 (hace más de 140 años) muestran una juiciosa y jovial reflexión sobre lo que se planteaban como proyecto

las instituciones educativas de su época, al proponerse ser modernas, actuales y dignas representantes de la cultura. Sin embargo, esta tendencia por lo actual constituía una preocupación, porque ya se perfilaba la expansión de la cultura como el germen de su propia debilidad, su proliferación la alejaría de los fundamentos, de las raíces, del suelo sobre el que podría un hombre construirse una vida más tranquila, contemplativa y armónica, cualidades que huían cada vez más del hombre educado, que absorbido en la lucha por la vida no podría siquiera imaginar.

Resulta interesante detenerse un poco en la forma en que están escritas estas conferencias. El relato de Nietzsche es presentado al modo de una vivencia juvenil, cuando en una plácida tarde de verano a orillas del Rin se disponía a practicar el tiro de pistola con un amigo, y fueron interrumpidos por un viejo y su acompañante quienes les instaban a dejar las armas argumentando que es mejor razonar que batirse en duelo. Los jóvenes aclararon que no era ese su propósito, sino que debían esperar en aquel lugar a otros amigos con quienes compartirían el disfrute de sus inclinaciones culturales. Coincidieron en que el lugar por su apacible tranquilidad constituía un punto de encuentro para fines similares con amigos de los unos y los otros. Pero cada quien se sintió invadido en lo que asumía como la privacidad de su espacio y esto los obligo a discutir y a distanciarse. El viejo se alejó con su acompañante y se sentaron en una banca, donde iniciaron una conversación sobre la situación del bachillerato y la cultura, que de inmediato captó la atención del joven Nietzsche y de su amigo, quienes se escondieron en silencio para escuchar, lo que le decía aquel viejo a su discípulo, quien resultó ser un decepcionado profesor de filosofía, que no veía en su labor



una razón para seguir, a causa de la ligereza y la falta de seriedad con que cada vez los estudiantes y la cultura, abandonaban el rigor, el amor a la disciplina y al conocimiento.

Escribe Nietzsche que el joven filósofo hablaba a su maestro con desánimo, y discutían sobre la tendencia expansionista de la cultura, manifiesta en una producción de conocimiento que no tiene como propósito el hombre, sino hacer de él una unidad útil que genere ganancias, beneficio y lo más importante, dinero. Por eso lo que hay que saber depende de estas premisas, que promueven que el conocimiento, la cultura, las necesidades y la felicidad deben producirse en la mayor cantidad posible. De esto deviene que ser culto es tener la pericia de conocer las vías para hacerse rico del “modo más fácil” (Nietzsche, 2000:53). Así, lo que la cultura busca es hacer que los hombres sean tan corrientes, útiles y dóciles como las monedas, y el fin de la escuela es hacerlos progresar para que sean, efectivamente, corrientes. Pero para esto se requiere una cultura rápida en la que esa unidad de costo beneficio que es el hombre asigne un valor a su saber, de modo que a mayor conocimiento más ganancia, y desde ahí pueda saber a qué puede aspirar.

El joven continúa expresando su inquietud, y dice que “Hoy la explotación de un hombre a favor de las ciencias es el presupuesto aceptado por doquier sin vacilaciones” (Nietzsche, 2000:57); y más adelante plantea “¿quién se pregunta qué valor puede tener una ciencia, que devora como vampiro a sus criaturas?” (Nietzsche, 2000:57). En este sentido, formula un cuestionamiento sobre una actitud en la que confluyen las tendencias de la cultura, su expansión y reducción, y es la del periodista, quien como esclavo del presente que es, se autoriza para hablar de cualquier cosa desde que sea actual, tratándola como el tema del día, como su jornal (como su *journal*). Así termina diciéndole al maestro que con base en lo



anterior lo entienda, y éste le responde “Ahora te comprendo mejor (...) tienes razón en todo, + le dice que ser profesor es ser un poco temerario, puesto que hay que horrorizar, ya la filosofía no debe partir de la maravilla sino del horror, así “A quien no esté dispuesto a provocar el horror hay que rogarle que deje en paz las cuestiones pedagógicas” (Nietzsche, 2000:51).

Aquí es importante ver cómo en pleno siglo XIX se alerta sobre la idea de progreso que se postulaba como paradigma, y el lugar de la educación en el proyecto expansionista. No es difícil ver cómo la sociedad repite como en un ciclo ciego sus problemas, la decepción de algunos y las esperanzas de quienes trabajan por una reivindicación del sujeto, por un reconocimiento en tanto tal y no como mera unidad de costo/beneficio. Quizá la cuestión del horrorizar como parte de ser profesor, está en hacer memoria, en plantear estos problemas que interrogan sobre la posición del sujeto en la cultura, y en nuestro ámbito, en intentar no permitir la movediza absorción del sujeto en las falacias de la globalización. Lo que viene de la conversación nos invita a pensar sobre el lugar de la escritura, más que como ejercicio académico, o como producto impersonal para el consumo del globalizado hombre de cultura, como una conquista y un llamado a la construcción de autonomía.

Se parte entonces de una pregunta ¿Cuál es nuestra relación con la lengua materna? Esta inquietud conduce a los personajes a pensar el lugar que se le da a la composición en alemán. Y afirman que como ya no se toma en serio la lengua, porque se deja su enseñanza a la banalidad del periódico (en nuestra era no es difícil pensar que el ingreso del niño en la lengua es bajo la guía del televisor) no es posible exigir que su tratamiento sea considerado como un deber sagrado. Porque en el modo de tratar la lengua materna se revela qué tanto

aprecio se tiene por el arte; por eso, sostienen, que si no se consigue sentir desagrado por la superficialidad de la lengua periodística, hay que abandonar las pretensiones a la cultura, puesto que “La cultura comienza desde el momento en que se sabe tratar lo que está vivo como algo vivo (...)” (Nietzsche, 2000:66), esto implica conocer. Es en este sentido, que el joven Nietzsche, mediante sus personajes, invita a pensar la composición escrita como un modo de implicarse, que en el estudiante ayuda a descubrir las cualidades que hacen de su particularidad y de su escritura una especie de autonomía. Así, al tomar con liviandad este hábito, el efecto que se produce es que los que educan “(...) son precisamente quienes destruyen las fuerzas educativas supremas (...)” (Nietzsche, 2000: 95). Y, entonces, el estudiante que no ha podido aprender a trabajar, a disciplinar su ánimo y sus expectativas,

... siente pereza, temor al trabajo, espanto ante todo lo que es grande, se nota lleno de odio hacia sí mismo. Analiza sus capacidades y cree percibir espacios vacíos o caóticamente llenos. A continuación desde la altura de un conocimiento imaginario de sí mismo se precipita de nuevo en su escepticismo irónico. No atribuye la menor importancia a sus luchas internas y se siente dispuesto para cualquier utilidad real, aunque sea ínfima (Nietzsche, 2000:157).

De esto resulta un hombre de cultura degenerado, perdido en la aceleración constante de actividades intermitentes que no le permiten encontrarse, y más bien lo alejan cada vez más de sí mismo.

El diálogo entre los personajes, y por consiguiente las conferencias de Nietzsche terminan cuando el viejo maestro toma la palabra para decir que cualquier intento de cultura sería se inicia con lo contrario de lo que se elogia como libertad. Hace un llamado a volver a la disciplina porque tanto los que guían como los que deben ser guiados necesitan sus guías, esto como forma de recuperar la armonía de un orden espiritual propio de una verdadera institución de cultura, muy difícil de reconocer en la universidad.

Hasta aquí se ha tratado de traer algunos elementos que permitan abordar el propósito de esta exposición, que es pensar en el porvenir de los estudiantes de psicología en la era transpolítica. De ningún modo se trata de ahorrar la lectura de las conferencias, o de alimentar la ilusión de que ya no es necesario porque ya se sabe de qué se tratan; eso sería engordar la ligereza, el efectismo y la pereza de pensar que es, precisamente, a lo que Nietzsche se opone. Al contrario, se trata de vivificar estas ideas planteadas en pleno siglo XIX, ver que aún nos hablan y nos dan la posibilidad de pensarnos de un modo si no distinto, al menos un poco más despierto. Sin embargo, no sería raro, como dice el joven filósofo, que con todo esto alguno podría enojarse, al sentirse llevado con disgusto a pensarse a sí mismo, pero en parte, y aunque irónicamente parezca en desuso, al educar de eso se trata.

### **3. La actualidad de lo inactual. Ser estudiante de Psicología en la era transpolítica**

Al empezar esta parte es importante evocar una vieja sentencia que de inmediato recuerda el monólogo del Hamlet de Shakespeare, “Ser o no ser” esa es la cuestión”. Y más

adelante afirma, “Esa es la consideración que da tan larga vida a la calamidad” (Shakespeare, 1994: 43). Y, entonces, cómo resistir la consideración si el “Ser o no ser” se solapa en el tener. ¿Ser o tener? Ser psicólogo, o tener una licencia de psicólogo. Esa es la cuestión que da tan larga vida a la calamidad. En medio de esta actualidad de lo inactual, si se habla del ser, necesariamente hay que tratar la cuestión de la formación, es decir, si se acepta que el psicólogo se forma, es porque se reconoce un proceso, un tiempo y una maduración del que se espera, que alguien pueda pensar y pensar-se de acuerdo a los lenguajes en que se construyen los problemas de que se ocupa la disciplina. Entonces, cómo se concibe el tiempo necesario para lograr estos procesos. ¿Es para todos igual? Aquí intervienen los factores que constituyen los imperativos de nuestra época. Tiempo y dinero.

Como ya se vio con Nietzsche esto estaba anunciado, y fue la cultura, en general, y la educación, en particular, las encargadas de promover la extensión y su efecto reductivo de lo que se pensaba era cultural. Ahora la cultura es global y su forma de ser es la moda. No se quisiera dar a pensar que tener una licencia de psicólogo está de moda, y que sea esa la razón de la proliferación de nuestras escuelas. Es este sentido a dónde apunta lo porvenir, quizá a la “saturación y, por consiguiente a su desaparición” (Baudrillard, 1984:25). Causa un poco de horror pero es la lógica de la moda. Cuando algún objeto ya está en manos de todos se devalúa y se hace necesario inventar otro, preferiblemente que no dure mucho, no importa si cuesta menos si lo compran más. Quizá una tecnología en psicología. La verdad esto ya va rodando, o, en términos de la transpolítica, fluyendo. Qué hacer, esa es la cuestión, pues de esto no se espera que salgan soluciones, a pesar de la febril pasión de nuestra época por los

proyectos, pero si en sus espíritus, o, en algún lado, se alberga algo de vocación por la psicología, no sólo de gusto, éstos son los problemas que habitan la cotidianidad.

Quizá en la proliferación de la psicología haya algo más que la promesa de un buen negocio, si no para el psicólogo, al menos para las instituciones. Quizá sea el vacío del mundo, interrogando a la ciencia por un modo de vida más soportable. Y de ser así, exagerando el optimismo, vale la pregunta, de si nos permitimos pensar que se trabaja para ello. La cuestión es que no se es psicólogo a partir de la licencia, del grado. El asunto es que para pensar como psicólogo no hay que esperar ese día, para parecer psicólogo, quizá con eso sea suficiente. Siempre estamos en el mundo real, lo que pasa es que ahora la realidad es ilusión, simulacro (Baudrillard, 2002). Con esto se pretende introducir un pensamiento olvidado, o mejor dejado atrás con afán por la cultura global, y es el valor de la cotidianidad. Parece que el momento de iluminación del pensamiento, ese chispeante entusiasmo del deseo de saber, no se da con la tarjeta profesional, sino en la sorpresa cotidiana de la clase, del diálogo con los amigos, en sentir que se va transformando poco a poco la manera de pensar, de hablar, que se es menos ingenuo, que es posible plantear preguntas ordenadas, escritas con coherencia y en los conceptos con los que se piensan los fenómenos en esta parcela de la ciencia. El asunto que se intenta discutir es el siguiente: se sale al campo laboral a hacer las cosas del mismo modo como fueron asumidas en el día a día del proceso formativo. Es decir, el que aprendió a ser cuidadoso en el trabajo, ordenado, a entender y discutir las posibilidades y limitaciones de su orientación teórica, a pensar desde la episteme, a leer entendiendo, a escribir, a argumentar, pues se ha dotado del conocimiento de su forma de saber, y esto puede ser importante para no acobardarse ante la contingencia, la incertidumbre, el otro. De lo

contrario, el porvenir va a ser amenazante, y ese vacío se aumenta en resentimiento e incapacidad y es cuando se culpa a otros por lo que cada uno deja de hacer por sí mismo. Entonces, ahí desfila el profesor, la universidad, el sistema, la familia y así hasta el infinito.

Uno de los aspectos que pueblan nuestra cotidianidad formativa es la lectura y la escritura. Hoy se le pide a un estudiante que elabore la reseña de un texto, que practique en tomar distancia de los prejuicios que lo inducen a una comprensión superflua de un argumento, o a no abandonarse a la derrota porque un autor lo reta con nuevas palabras. Este ejercicio resulta importante porque si se logra esa distancia después va a ser posible escribir una historia clínica, argumentar un diagnóstico, entender que en su forma de escribir expone su modo particular de trabajar, y de paso su relación con el saber y la manera de asumir la ética. Todo eso en un ejercicio de composición de un texto escrito. Además, la lectura cuidadosa y sin afán, disciplina el pensamiento para la escucha del otro. Porque el tiempo de la comprensión no es el del sistema; hay una experiencia particular del tiempo que lo hace relativo, no hay estadística que diga cuánto tiempo se necesita para comprender algo sobre sí mismo. Así la ingenua arbitrariedad del sistema de salud considere que 15 minutos son suficientes para una consulta psicológica; a pesar de eso, una actitud analítica, disciplinada, ética y dispuesta, puede hacer de un segundo o de una palabra, el tiempo necesario para orientar al otro a que encuentre el mejor modo de asumir el sufrimiento que le implica estar en el mundo, de lo contrario "(...) el Psicólogo va dejando la sensación de ser innecesario y de poder ser reemplazado por un operador que funciona como asistente social" (Gallo: 2012:59). Si hay formación, preparación para la contingencia y deseo de trabajar, a pesar de las limitaciones y de la orden del amo de eliminar al sujeto, por el problema que representa

la singularidad, es posible entender que en la invención del trabajo diario también se ejerce la resistencia.

Para concluir esta parte, y a propósito de la lectura y de la escritura como formadoras de la actitud, quisiera traer a colación una anécdota con la que Umberto Eco comienza su libro "Los límites de la interpretación" (1992). Esto podría ilustrar y sacudir sobre el hecho de que es posible pasar por un saber con la apariencia de comprender. Pero, finalmente, pasar, sin implicarse, para ser corriente, útil, dócil y obediente, porque se puede llevar al saber la actitud con la que se asume la banalidad del entretenimiento. No de lo que exige la recreación. La banalidad y la obscenidad estructuran la actitud propia del sujeto de la era transpolítica, cuya disposición vital es la ilusión del máximo divertimento con un mínimo de esfuerzo (Baudrillard, 1894). Se trata de una historia que rememora John Wilkins y que apareció publicada en 1641. Cuenta sobre la extrañeza que debió producirle a los americanos, recién descubiertos, ver hombres que conversaban con libros y no comprendían cómo era posible que un papel pudiera hablar. La historia narra que un esclavo indio fue enviado por su amo con una cesta de frutos y una carta. Una vez en el camino se comió gran parte del encargo, dejando las sobras a quien iba dirigida la encomienda. Cuando el destinatario leyó la carta se dio cuenta de que lo recibido no era acorde a lo que en ella se decía, por lo que acusó al mensajero de habérselos comido, y éste en su defensa alegó maldiciendo a la carta por ser un testigo falso y mentiroso. Tiempo después fue enviado con el mismo encargo y con una carta en la que decía exactamente el número de frutos que debía entregar. Sin embargo, de acuerdo a su anterior práctica, en medio del camino devoró los frutos, pero esta vez tuvo como precaución, antes de comerlos, esconder la carta bajo una gran piedra, y se



tranquilizó al pensar que si no lo veía, no le sería posible acusarlo de nuevo. En tanto entregó lo que quedaba del encargo fue acusado con mayor severidad, por lo que confesó y reconoció su error, no sin antes admirar la divinidad del papel, hecho por el cual prometió para el futuro mayor fidelidad en cada encargo.

Esta simpática historia da qué pensar; el secreto está en admirar la divinidad del papel y en ser fiel a lo que nos mandan. La receta para habitar en la era transpolítica es asegurarle al sistema el aprendizaje, la efectividad de su labor en la fabricación de hombres corrientes, que no se cuestionan y que han volcado su fe ciega en la magia de la televisión, de la imagen, en el argumento de autoridad, en el portador de la licencia, en las etiquetas, en los diplomas, en fin, en las míseras insignias que nos da el amo para hacernos sonreír y vendernos una vida más divertida y segura.

#### **4. Final sin promesas para pensar el futuro. Hacer sitio**

Hacia dónde nos dirigimos. Será que estamos como ese viejo marinero al que en medio de la noche le apagaron las estrellas y quedó aferrado a un mapa y a una brújula que no puede ver. Qué significa vivir en la era transpolítica. Qué significará para los niños de nuestro tiempo, intentar crecer en un mundo que ya ha sentenciado la fecha de su desaparición. En qué ideales estarán fundando sus proyectos. Qué estará ocupando el lugar de la pregunta por lo que harán cuando sean grandes. Será que tienen derecho a esa pregunta. O tendrán la feliz oportunidad de crecer en un mundo desalojado de ilusiones y de grandes proyectos utópicos

y redentores. En todo caso resulta imposible hacerse una idea global sobre la globalidad que habitamos.

La transpolítica es el modo de vida del simulacro; según Baudrillard (1976, 1984, 2002) se funda en los espejismos que han venido ocupando el lugar de los grandes ideales, en el imperio de los signos que en otros tiempos sirvieron para hacer la historia, la de los pueblos, la de la cultura y su efervescencia expansionista, que ahora irresistiblemente se vuelca sobre sí. Esto ha producido un efecto degenerativo por saturación, por descreimiento e indiferencia, dando lugar a un nuevo orden regido por el hastío de la liberación en todos los campos, y que se sintetiza en la proliferación de la pornografía y el terrorismo. La política actual es el simulacro de que creemos en la política. De nuestra resistencia a aceptar su inmunodeficiencia. Piensen en lo pornográfico, es decir, en lo exageradamente obsceno que es simular la entrega de un frente paramilitar (del simulador aparato militar del estado), e incorporarlo al estado, para después revelar el simulacro escenográfico para el que se contrataron actores (bajo la dirección del comisionado de paz). El simulacro era necesario para alimentar la imposible política que sostiene esa bárbara ilusión que llamamos estado y seguridad democrática.

Ahora bien, es transpolítica porque este exceso de simulación permea todas las esferas de la vida social (Baudrillard, 2002); y se habla de era porque refiere a un extenso período histórico, que inicia como consecuencia de la caída de la modernidad y simplemente se expande (Baudrillard, 1984); también caracterizado por una gran innovación mediática en las formas de vida y de cultura. Que, en este caso, devienen innovación en las formas de violencia. Otro ejemplo que trasluce esta situación, es la atmósfera de seguridad que se

simula en los centros comerciales, nichos de la vida social, donde al mejor estilo de la pornografía, un observador anónimo tiene acceso a diversidad de planos que ningún individuo tiene sobre sí. Entonces se transparenta la indiferencia entre estar protegido o estar vigilado. En todo caso saberse observado con sospecha, inquieta y genera formas de violencia soterrada e inédita, que resulta imposible de prevenir. Y qué decir de la posibilidad de ser fotografiado por cualquiera, publicado en cualquier parte y ser visto quien sabe por quién. Esta obscena intrusión tiene su propia forma de propagarse, en la inmediatez de un presente, banal, publicitario y lleno del vacío de una violencia auto-contenida y siempre en potencia, pornográfica y terrorista.

Estas son las condiciones de nuestro tiempo, el presente que nos reclama, que ha producido una forma de ser, o de parecer. Aquí se puede decir con Nietzsche que “Un hombre de cultura degenerado es un problema serio y nos sentimos profundamente perturbados, cuando observamos que todos nuestros hombres públicos, estudiosos y periodistas, llevan encima las señales de esa degeneración” (Nietzsche, 2000: 159). Sin embargo, no podemos permitir que todo entre en nosotros. Y la única forma de enfrentar al intrusivo bombardeo de ofertas es interrogando al deseo propio y esforzarse por saber qué es lo que se quiere y trabajar por ello. De lo contrario sucederá lo que dice Baudrillard del hombre contemporáneo y con lo cual se abandona indefenso ante la ferocidad del consumismo y es que “al que no sabe qué quiere, cualquier cosa le sirve” (Baudrillard, 1976).

En este sentido, hacer-se a un lugar, hacer sitio, es no ceder ante la seducción de lo que Safranski (2004) refiere como la “histeria globalista”. Es decir, no sumarse a la rapidez y a la trampa, arriesgarse a hacer algo que no tenga un precio asignado por el amo, sino un valor

pleno de sentido para la propia vida. Quizá este rescate de la intimidad, de la mismidad, de la "actividad propia", de la iniciativa, sirva de vacuna para el espíritu ante el virus globalizador que goza en hacer público lo privado. Que ordena publicar para someterse a la transparencia vacía y hostil del virtual *muro* de las lamentaciones. Paradójicamente se invita a volver a las cosas simples, a la cotidianidad, pero ahora eso ya está de moda, y entra a mantener el flujo corriente de los imperativos de nuestra era: publicar, estar conectado, estar disponible, estar fuera de sí, en un éxtasis cínico, compulsivo, inevitable.

Safranski en su ensayo titulado "¿Cuánta globalización podemos soportar?" (2004) se pregunta ¿Qué significa hacerse individuo? Pero no individuo hecho a la altura del mercado, es decir, selectivo y preciso en el aprovechamiento de las ofertas, perforado por la disposición *gadget* de la demanda comunicativa; sino que tenga una fuerza de transformación que le permita decir como Wilhelm von Humboldt en una de sus cartas: "Quien al final de su vida está en condiciones de decirse: "abarqué tanto mundo como pude y lo transformé en mi humanidad" ha conseguido su fin" (2004: 115). Y añade que se trata, entonces, de transformar el mundo en la humanidad que uno mismo es. Pero de esto se sabe que sigue siendo posible en el orden del decir y lejano en el hacer. Sin embargo, Safranski retoma como posibilidad lo que para Humboldt era la idea de la configuración del círculo de la propia vida, que sólo era posible mediante la formación. Para su época era diferente hablar de formación que de instrucción. La formación se concentraba en el desarrollo del individuo, y era un fin en sí misma; mientras que la instrucción era la forma de especializar a alguien para desarrollar una tarea o un trabajo. Sin duda se necesitan las dos cosas, pero la cultura promueve con afán la instrucción para el rendimiento del negocio y produce el olvido de sí mismo.

Cultivar la sensibilidad, el entendimiento, la subjetividad no va a ser nunca rentable. Pensar en configurar la vida propia como una obra de arte no es algo que pueda llegar a ser pensado como globalizable. No hay molde que replique esta experiencia que deviene existir. En este sentido, quisiera terminar con una afirmación de Safranski que causa inquietud, y que bien podría ser considerada en el orden de las múltiples posibilidades del pensar, que un hombre pueda concebir al intentar hacerse a un lugar en el mundo. “Quien quiera configurar su propia vida ha de conocer el punto en el que es necesario renunciar a dejarse dar formato y a dejarse informar” (Safranski, 2004: 118); y más bien iniciar el camino hacia la incertidumbre más sombría “(...) hacia los límites del entendimiento humano, que son exactamente los del lenguaje” (Steiner, 2011: 52).

## 5. A manera de conclusión

Intentar una reflexión sobre “El porvenir de los estudiantes de Psicología en la era transpolítica” resulta un esfuerzo por traer a la vida un conjunto de valiosos recursos formativos que parecen obsoletos. Tal es el caso del amor por la lengua materna, el cuidado en la escritura y en la lectura como formadores de una actitud ética y atenta. Sin duda, esto parecería un lugar común para los actuales imperativos que exigen formación por competencias, pero lo que la cotidianidad refleja es la extrema ligereza con que los estudiantes se alejan cada vez más del estudio de los clásicos de la Psicología (por no mencionar los de la literatura y la filosofía) para entrar en la era del *journal*, del efectismo

periodístico y superfluo que se apodera de la ciencia y que pretende ser más actual que el presente mismo.

Es lamentable ver como la crítica tiende a emprender una retirada silenciosa de las aulas de clase, y esto como efecto de la imagen y de la “evidencia”, que se imponen como objeto de obediencia. Lo anterior, se nota en la manera en que la Psicología va cediendo a principios epistémicos para entrar en el furor del hacer; esto por no hablar de las exigencias de las entidades ordenadoras de la educación quienes promueven la disminución del tiempo de formación, justificado en lo que se denomina el mercado laboral.

Resulta necesario reflexionar sobre la proliferación de los programas de Psicología en todo el país y preguntarse a qué proyecto de ciudadanía obedece. También volver sobre la necesaria distinción entre la formación y la información; cierto es que estamos en la era de la información donde la formación reposa en la quietud de un supuesto, que no da los elementos para hacerse a un nombre y un lugar en el mundo como parte de inventarse la propia vida. Estamos en la era del formato, de un Otro corporativo indiferente a lo que no está a su servicio, por eso la invitación a retornar a Nietzsche, y a su intempestiva preocupación por los hombres, quizá esta puede ser una consideración a tener en cuenta en la formación de psicólogos.

## Referencias

Baudrillard, J. (2002). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI

348

Citación del artículo: Celis E, C. (2015). Algunas consideraciones sobre el porvenir de los estudiantes de Psicología en la era transpolítica. *Revista Psicoespacios*, Vol. 9, N. 15, pp. 328-349, Disponible en <http://revistas.iue.edu.co/index.php/Psicoespacios>

Recibido 22. 10. 2015

Arbitrado 10. 11. 2015

Aprobado 07.12. 2015

- Baudrillard, J. (1976). *La génesis ideológica de las necesidades*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Baudrillard, J. (1984). *Las Estrategias Fatales*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- DRAE (2001). *Diccionario de la Lengua española*. Madrid: Real Academia Española. Vigésima Segunda Edición.
- Eco, U. (1992). *Los Límites de la Interpretación*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Gallo, H. (2012). *Agresividad, violencia y malestar social*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Nietzsche, F. (2000). *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Barcelona: Fábula, TusQuets
- Safranski, R. (2004). *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Barcelona: TusQuets.
- Shakespeare, W. (1994). *Tragedias*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Steiner, G. (2011). *Lecciones de los Maestros*. Barcelona: Ediciones Siruela.